

## JUICIOS Y COMENTARIOS ACERCA DEL PARTIDO ENTRE LAS SELECCIONES DE ITALIA Y DE ESPAÑA

La opinión del Sr. Maura y Gamazo. Nuevos comentarios de nuestro enviado especial. Lo que dice un autorizado crítico deportivo francés. Los partidos de ayer.

### La opinión del Sr. Maura Gamazo

Delante del sistema eliminatorio que se sigue en los Juegos Olímpicos, a mi juicio, equivocado y muy poco deportivo, es evidente que la suerte tiene influencia tan decisiva, por lo menos, como otros factores que deberían ser primordiales. Es evidente, asimismo, que en esta octava Olimpiada la suerte no ha favorecido al fútbol español ni al hacerse el sorteo ni durante el partido del domingo.

Pero si el tanto que ocasionó nuestra eliminación definitiva de las pruebas olímpicas se puede achacar, con razón, a mala fortuna, hasta por haber sido hecho al final del encuentro, sería ceguera patriótica no reconocer que la falta anterior de tantos compensadores ganados por nuestro equipo no se puede atribuir tan sólo a la suerte adversa. Ya en Milán tuvimos ocasión de apreciar que si la línea de ataque italiana era muy inferior a la defensa española, no había, en cambio, tanta diferencia entre nuestros delanteros y el trio defensivo contrario.

Los azares desventurados se precaven extremando la compenetración y el entrenamiento del equipo. De la selección no hablo, porque en el caso presente nadie podrá negar con justicia que ha sido la mejor, dentro de lo posible.

Hay que confesar que ha faltado entrenamiento a nuestro equipo nacional; las causas de esta deficiencia son conocidas de todos. Ni en la Asamblea del año pasado ni posteriormente, se ha conseguido que Clubs y Federaciones hiciesen sacrificio ninguno en pro de la mejor preparación olímpica. Sólo cuando hubo terminado el campeonato de España, es decir, después del 4 de Mayo, se pudo saber cuántos y cuáles jugadores estaban en forma; sólo entonces se pudo proceder a la selección y desplazamiento de los elegidos para acoplarlos y entrenarlos. Salta a la vista la insuficiencia del plazo, aun después de retrasada venturosamente diez fechas la inauguración de la Olimpiada.

Mas por lo que se refiere al porvenir nacional del deporte futbolístico, creo sinceramente que el resultado del domingo tiene más ventajas que inconvenientes. Una derrota positiva del once español habría desalentado excesivamente a la afición. Una victoria fortuita, debida, por ejemplo, a que De Vecchi, el gran defensa italiano, hubiese padecido de gravedad análoga a la de nuestro insuperable Vallana, nos habría permitido ciertamente proseguir en la competencia olímpica de 1924, pero como siempre hasta aquí, a merced de las veleidades de la Fortuna, que, a veces, se cansa hasta de proteger a los audaces.

El fracaso de París invita, en cambio, a la reflexión; y a poco que se medite se advierte que en ésta, como en tantas otras manifestaciones de la actividad nacional, no nos faltan aptitudes, ni elementos para conseguir la victoria, ni voluntad, ni siquiera entusiasmo; nos falta únicamente disciplina individual, y, por tanto, colectiva.

Se quiere circunscribir la vida futbolística a las fronteras españolas? Pues entonces, sigan enhorabuena Federaciones regionales y Clubs concentrando todas sus energías en lograr, amén de pingües rendimientos económicos, las copas representativas del triunfo en los campeonatos nacionales.

¿Se quiere seguir alternando con los demás miembros de la F. I. F. A. en partidos internacionales y concursos olímpicos? Pues para ello es indispensable, que nuestras entidades deportivas se resignen de antemano, con toda la abnegación patriótica necesaria, a los sacrificios de varia índole que implica el perpetuo mantenimiento en máxima eficiencia de un equipo español, defensor, frente a los extranjeros, de los colores nacionales.

Claro es que para conseguir este objeto se requiere también que la suprema dirección del fútbol nacional sea enérgica y respetada. Para esto no habrá obstáculos, pues aun cuando no hablé todavía del asunto con mis colegas, estoy seguro de que comparten mi propósito de dejar expedita la voluntad de los delegados a la próxima Asamblea.

Lo que importa es que la confianza otorgada a los elegidos, sea quienes fueren, no se regatee luego; cuando llegue la hora de obedecer lo que ellos manden.—Gabriel Maura Gamazo.

### Nuevos comentarios de nuestro enviado especial

Paris 27, 8 mañana. Perdimos el partido. Una mala tarde cualquiera la tiene, y la nuestra fué desastrosa.

En el campo de Colombes, precioso y cómodo, de buen terreno, congregáronse unos 25.000 espectadores.

El partido España-Italia había despertado enorme interés; daban los periódicos como favorito a nuestro equipo, y aun reconociendo las excelencias del italiano, por dos o tres tantos de diferencia creían que ganaríamos.

A las tres y media el árbitro francés monsieur Slawich, alinea las fuerzas. Por España jugaban Zamora, Vallana, Pasarín, Gamborena, Larraza, Peña, Piera, Samitier, Monjardín, Carmelo, Aguirre-Zabala.

Y por Italia, Du Pra, Calligaris, Roseita, Aliberti Berbando, Barbieri, Laurato, Maguozzi, Della Valle, Baloncieri, Conti.

Los equipos fueron recibidos en el campo a los acordes de los respectivos himnos nacionales.

Sacó España.

No vale la pena de reseñar el desarrollo del partido; el primer tiempo fué catastrófico para los nuestros; un aguacero enorme cae. Acostumbrados a jugar con tiempo y campo así, dan la impresión de cogérles de nuevas.

Se registra una valiente entrada de Monjardín y otra tan valiente de Samitier, que tumba al portero. Parece conmocionado, pero luego nos enteramos de que es una martingala; en tres o cuatro ocasiones de compromiso el hombre se hace el muerto, y el buen árbitro (de un corazón dulce y

compasivo) para el juego y toca falta para nosotros. ¡Los hay carifiosos!

No lo estuvo tanto con España cuando un delantero italiano dió una clara mano dentro del área de penalty. Algo corto de vista; no se enteró y siguió el juego. ¡Bendito sea!

Pecados los italianos de la excelente buena voluntad del árbitro, hicieron un juego tan bonito como sucio; juegan bien, no hay por que negarlo, y la razón principal estuvo en que nuestros medios fracasaron de la manera mas ruidosa. Nada hizo Larraza; ni un destello siquiera tuvo; mal Peña, y flojo Gamborena en el primer tiempo. Sin contención alguna, anduvieron sueltos los contrarios; y si Vallana no llega a estar colosal, y, a más, si llegan a saber chutar, yo no sé qué hubiera sido de nosotros.

Porque Zamora, que estuvo muy bien, dos o tres veces se vió muy comprometido, porque por el lado de Pasarín el peligro se avecinaba con demasiada frecuencia. Y es que Pasarín lo confia todo a la valentía, y cuando ésta no precisa y si el jugar, el despear, el colocar, entonces baja muchísimo.

Lucieron por ello los italianos un bonito juego, estropeado por las constantes caídas y desmayos y por la no interrumpida serie de faltas que el angelito del árbitro no vió, y ello hizo resaltar aun mas la nulidad de una línea de ataque sin cohesión, sin unidad alguna. Fué una tarde desgraciada para Aguirre-Zabala; es en la que más flojo le vemos visto; indeciso y fuera de juego Carmelo (quizá estuviera algo resentido del pie), el escaso juego que se hizo tuvo que ser por el ala derecha. Pero aun ésta no lució como debía; y así la línea nada hizo, salvo dos o tres intervenciones valientes de Juanito Monjardín y de Samitier, que fueron los que mejor quedaron.

Empatados a cero en el primer tiempo, en el segundo vimos más juego por nuestra parte; a poco de empezar, Larraza derriba a un contrario (eran tan débiles!), y, ya éste en el suelo, le sujeta por un pie; forcejea Larraza para desasirse, y el árbitro entiende aquello a su modo y manera para el juego; expulsa del campo a Larraza, y nos castiga con un golpe franco.

Pasa Gamborena al centro, y allí hace un gran juego; ya dominamos netamente, pero los interiores han decaído mucho; un pase enorme, cruzado, de Monjardín lo desaprovecha Carmelo, por estar algo retrasado; era un goal. Nos muelen a faltas los italianos, y no castiga ninguna; como no fuese cometida fuera de su campo. Así da gusto arbitrar.

Y, por fin, viene el tanto de la victoria. Un ataque italiano promueve un pequeño lío en nuestra puerta; Vallana se azora, y, por enviar fuera la pelota, de un soberbio tiro la introduce en nuestra red. Faltaban quince minutos, más el tiempo descontado por los excesivos desmayos de los italianos.

Arremeten con furia los nuestros, y embotellamos a los contrarios en su campo; pero no bastaba esto; la cohesión de la línea faltaba, y aunque Piera tiene momentos felicísimos y Monjardín hace un brillante avance, salvando a medios y defensas (hubo la correspondiente zancadilla, invisible para el árbitro), y Carmelo tira dos o tres magníficos chuts, todo es suelto, aislado, y todo se estrella ante la desesperada defensa de los italianos, que tapan completamente su puerta.

Mal jugamos; pero aun así debimos ganar. Mala suerte tuvimos, que, aparte de dos o tres penaltys que no nos concedieron, tres o cuatro momentos hubo en que el tanto debió ser nuestro.

No tuvimos árbitro, que de haber ocupado el puesto uno con más ecuanimidad, más vista y más saber, el desarrollo del juego muy otro hubiera sido.

No he sido yo de los que han creído en la intervención de un árbitro sobre el re-